



IMP. SIMON RAÇON.

EL MONTE LIBANO

CAPÍTULO X.

Vista imponente del monte Líbano. — Los cedros de la cumbre. — Los Maronitas. — Los Drusos. — Suposiciones de Dumas. — El verdadero becerro. — Mision de los Evangélicos en el Líbano. — Señales de fervorosa piedad. — Lauras de los antiguos anacoretas. — El patriarca maronita y sus sesenta y siete monasterios. — Grandes seminarios. — El clero maronita. — Las monjas árabes. — Aphec. — Ojeada sobre Balvec. — Damasco. — Los derswiches é Ibrahim Pachá. — Condicion de los cristianos mejorada. — Patriarcado católico. — Suceso lastimoso. — Recuerdos. — Djoun. — Lady Ester Stanhope. — Sidon. — Tiro. — Los pozos de Salomon. — Las montañas de Saron. — Tolemáida. — Un ejemplo de abnegacion.

Allá en el Nuevo Mundo habia contemplado alguna vez las plateadas cimas de los Ándes, que nacidas en el seno de los Esquimales, atraviesan majestuosamente las vastisimas regiones de la América, y mueren sofocadas entre las ondas tempestuosas que levanta la lucha eterna de dos Océanos. Aquel magnífico espectáculo exhibido por la *gran Cordillera* en la extension de un mundo que recorre, lo veía reproducirse alejándome de Beyrouth en otra sucesion de montes elevados, que si bien no presentan las enormes masas que aquellos gigantes de la creacion, sobradamente compensan esta falta con la imponente majestad y hermosura graciosa derramada sobre sus formas, símbolo de las obras mas privilegiadas y perfectas del Criador. « Ved ahí el monte Líbano, me decia á mí mismo comenzando á subir sus caminos erizados; ved ahí el Líbano, *símbolo de la gloria del Señor, y cuya tierra produce elevados planteles de virtud.* »

Los cedros, únicas reliquias de esplendor del Líbano, existen á seis mil piés de altura sobre el nivel del mar. «Pero el Líbano se ve humillado, tronchados sus cedros mas robustos, y tirados á lo largo del valle sus ramos frondosísimos. Abre, Líbano, tus puertas, y devore el fuego tus cedros; aulla, oh abeto, porque cayeron los cedros; aullad, encinas de Basan, porque cortados han sido los bosques mas fuertes.» Este llanto de los profetas, leído sobre los despojos del Líbano, presenta humillada la soberbia y presuncion humana por el eco de aquella voz tan poderosa que con solo su aliento arrancó los cedros, tronchó sus enormes ganchos, y los esparció como plumas por el viento. Isaías anunció que los bosques del Líbano serian derribados con acero, quedando en pié un número tan escaso de cedros que podria ser contado por un niño: la simple vista nos prueba hasta qué punto fué verdadera su profecía; ahora doscientos años se contaban veinte y tres, y hoy ya existe apénas la mitad de estos patriarcas del mundo vegetal y testigos de las edades bíblicas, como los ha llamado un viajero contemporáneo. Aquí en la cumbre del Líbano, en presencia de estos árboles que vieron á mil generaciones diferentes sucederse unas en pos de otras, que sintieron la influencia de cien monarquías y de cien legisladores, extendiendo mi vista descubria la mas interesante y mas enérgica de cuantas perspectivas pueden ofrecerse. Pisaba el suelo del reino de Tiro, donde treinta mil hombres escogidos en Israel cortaron cedros en el Líbano; miraba de léjos las aguas del mar Grande, donde mil embarcaciones recibian maderos para construir la casa del Señor; veía las tierras de aquel Azur, cuya fuerza era comparada á la de los torbelillos de altar mar; contemplaba el Thabor y el Carmelo, cuyos picos descuellan entre los montes con la belleza de una flor de primavera; é iba á entrar en aquella Palestina que manó leche y miel para saciar á los hijos de Jacob. Pero ni en los collados de la montaña resonaban los golpes de hacha de aquella muchedumbre, ni el mar Grande tenia sobre sus aguas un solo buque

para recibir cedros del Líbano: la fortaleza de Azur desapareció, y sus regiones viven en silencio; al Thabor pasó su gloria, el Carmelo está marchito, y la Palestina convertida en un monton de piedras... Habria gritado llamando á Hiran y á los príncipes de Judá para preguntarles ¿dónde estaba su antigua gloria?... Mas ¡ah! que todos estos pasaron... Llamé mas bien á los profetas; estos viven, y me respondieron: «Arrasó el Señor los pueblos, dejólos solitarios, arrojó y destruyó sus habitantes, para que conozca todo el mundo que Dios es el Rey de reyes, y que en su mano están los imperios de la tierra.»

Dos naciones que fueron siempre rivales, pueblan el Líbano y sus inmediaciones; y su diversidad de origen, creencias y costumbres excita con frecuencia la una contra la otra. Los Maronitas fueron los primeros que llegaron al Líbano, dirigidos por Maron, piadoso obispo de Botriz, quien reuniendo en rededor de su monasterio de Kanobin á los cristianos que huían de la persecucion de los Árabes, les conservó en la fe con su ejemplo y con sus instrucciones. Aumentado el número de los que huían con nuevas persecuciones que en distintos puntos del Asia se iniciaban contra el cristianismo, los Maronitas llegaron á formar un pueblo numeroso que por su valor y disciplina se hizo respetar del imperio otomano. Ellos hicieron parte del reino de Jerusalem durante los cruzados, y conquistados despues por los musulmanes, entre los sufrimientos de toda especie que les acarreará su dominacion, ningun otro bien conservaron tan intacto como la pureza de su fe católica; se distinguen por la dulzura de su carácter y por su fidelidad y sencillez de costumbres. Miéntras los pueblos orientales parecen adormecidos para el trabajo, el Maronita despliega una constante actividad; su genio emprendedor le lleva á todas partes, y así en el comercio como en la agricultura no omite sacrificios para realizar empresas arriesgadas. El cultivo mismo del Líbano está demostrando esta virtud que tanto le

honra. «Esos terrenos que se ven trabajados fueron ganados palmo á palmo, la tierra que los fecundiza fué acarreada allí en cortas cantidades, y plantar cada uno de esos árboles ha costado lo que en Europa un huerto entero. Despues de este inmenso trabajo, cada vez que llega el tiempo de recoger su fruto, es necesario sostener continuas disputas, y estar prevenidos contra cada especie de atentados. Las nieves del invierno, los hielos de la primavera, las rocas que ruedan con los aluviones, los torrentes que se precipitan, todo aquí amenaza sucesivamente. Mas á fuerza de industria se ha podido abrir caminos á la impetuosidad de las aguas, oponer diques á la caída de los peñascos, sostener el suelo, limpiar los escombros, y prever todos los cataclismos (1).

Los Drusos componen la otra, y deben su origen á Durzi, Turco de nacimiento y mahometano de religion. Adoran al kalifa Haken, creyéndole profeta tan santo como Mahoma, y á diversas divinidades representadas por figuras de animales. Segun su fe, el kalifa Haken volverá á la tierra el dia del juicio universal, para premiar á cada hombre segun sus méritos; ni los cristianos ni los judíos podrán tener parte en el reino eterno de aquel, y peregrinarán toda la tierra hasta purgar el delito de su ceguedad: el Evangelio es para ellos una profecía todavía por cumplirse, y cuya realidad tendrá lugar en el seno de los Drusos. Desterrados de la Meca, se buscaron un abrigo y una patria en las montañas del Líbano: la crueldad y la perfidia fueron siempre su carácter nacional, los robos y la mala fe les alcanzaron fama en todos los países orientales, y admira por cierto como poseyendo cualidades tan desfavorables hayan podido merecer las simpatías de una de las potencias mas fuertes y mas ilustradas de la Europa.

En la imaginacion de Dumas, « los Drusos son descendientes de los Israelitas que adoraron el becerro de oro en

(1) *Syrie moderne.* (Jules A. David.)

el desierto, conservan todavía las creencias de sus padres, y sus mujeres llevan sobre su cabeza el cuerno de una vaca, como triste vestigio de su idolatría. Las pobres lo ponen tal como es arrancado de la frente del animal, y las ricas revestido de oro y plata (1). » Deslices como este cometen con frecuencia los escritores que buscan en la novedad un mérito mas para sus composiciones; y no es por cierto aquella suposicion el primer sacrificio que hacen de la verdad los escritos del novelista, empeñado en conseguirlo para las suyas. Las mujeres de los Drusos, sin llevar los dorados cuernos que existieron solamente en la imaginacion de Dumas y de otros como este, adornan su cabeza con un largo tubo de plata ó de cobre, ancho en su base y casi de forma piramidal, que atan fuertemente con cintas y cadenas de metal. Los blancos velos que penden de la punta de aquel ridículo atavío descenden hasta cubrir sus piés, y les dan el aspecto de fantasmas. El becerro que adoran los Drusos es la representacion del dios Haken; los ministros de su culto pertenecen indistintamente á los dos sexos, y son distinguidos con el nombre de sabios (*akal*). En lugares dados se reunen en asambleas todos ellos, no para entregarse á la oracion, que no conocen, sino para ocuparse de negocios ocultos relativos las mas veces á delitos: fanático é ignorante el pueblo druso, cree serle todo permitido y comete sin escrúpulo los mayores crímenes siempre que puede contar con el secreto. En un dia señalado celebran una fiesta todos los sacerdotes y sacerdotisas, escenas lúbricas siguen á la lectura de un discurso que lee el mas anciano de los akals, y los frutos de este acto religioso son sagrados y reputados como predestinados, sean cuales fueren las obras de su vida. El catecismo de los Drusos tiene cierta semejanza con el de los francmasones en cuanto á los signos misteriosos y secreto inviolable que él hace prometer á los

(1) *La Presse.* (A. Dumas.)

iniciados. A estas gentes se ha dirigido una mision evangélica salida de New-York, y que despues de haber comenzado sus trabajos en Beyrouth sin obtener resultado favorable, vino á fijar su residencia en uno de los lugares mas deliciosos del Líbano. Pero ni los Drusos, ni los Maronitas, ni ninguno de los Orientales simpatiza con las frias y abstractas doctrinas de los Evangélicos; y la mision de Abeih correrá la misma suerte que todas las otras del Oriente, luego que el oro de las sociedades bíblicas deje de pagar sus misioneros, y entónces la mision de los Evangélicos habrá concluido, sin poder gloriarse de haber realizado algo de provecho.

En el valle de Kadisca se ven todavía las grutas que habitaron millares de anacoretas y de solitarios; y á la verdad ninguna voz puede haber tan elocuente como la que permanece escrita en estos libros perennemente abiertos, y que acusan la frialdad de nuestro siglo, recordándole la vida fervorosa de aquellos hombres de penitencia y amantes de la soledad. Durante los ocho primeros siglos del cristianismo, los que abrazaban tal vida, mas rigurosa por cierto que la de los monjes, elegian grutas contiguas unas á otras, á las que reunidas llamaban *lauras*, y constituian bajo la direccion del abad del monasterio mas vecino. Esta manera de vivir, distantes de una sociedad cuyas intrigas y corrupcion conocian bien, tuvo tan numerosos imitadores, que la historia nos pinta llenos los desiertos de Nitria y de Tebáida y las soledades del Líbano y Palestina de lauras que habitaban millares de anacoretas. Hoy cuando las costumbres de los cristianos han perdido tanto del fervor que les caracterizó en los siglos primitivos, no son muchos los que van á encerrarse en aquellas; sin embargo, oí que existian algunos en los lugares mas escondidos de Kadisca, y yo ví cruces planfadas por otros en los valles desiertos del Jordan y del mar Muerto.

El patriarca maronita tiene bajo su jurisdiccion sesenta y

siete conventos, que encierran cerca de mil cuatrocientos monjes, y quince monasterios con trescientas religiosas. Extraño parecerá á muchos un número tan crecido de reclusos, y su consideracion se dirigirá naturalmente á escudriñar qué hacen encerrados en los monasterios tantos individuos. No es difícil la respuesta, cuando el proceder de los monjes para nadie es misterioso como el de los clubs, sus enemigos. Su proceder está perfectamente nivelado por una regla que es comun á todos: « Amor de Dios y amor del prójimo, » y hasta la mas pequeña de sus acciones debe conformarse á una constitucion que es peculiar á cada instituto. No fueron estas fruto del trabajo de sociedades secretas, como las que hoy dirigen á los encargados de volcanizar la Europa, preparando el cataclismo que la precipitará en el caos, no; son la obra de maduras deliberaciones, sometidas á la autoridad correspondiente, y ejecutadas bajo la garantía que conceden las leyes de cada país. No obstante, preciso es descender individualmente á los monjes del monte Líbano, y decir en qué se ocupan los habitantes de sus sesenta y siete monasterios. Las naciones ilustradas, ántes de llegar al grado perfecto de cultura, recorrieron la misma escala donde han quedado estacionados los Maronitas; y de esos monasterios que arrancó el huracan furioso de la revolucion salieron los individuos que impulsaron su movimiento progresivo. Este servicio que rindieron á la Europa las órdenes religiosas, es el que prestan hoy los monjes á la sociedad en el monte Líbano; y aunque atrasados en luces para dar lecciones científicas, enseñan muy bien los primeros rudimentos del saber humano y el principio fundamental de todos, que es la ciencia de la fe. Pero todavía hacen mas: enseñan á trabajar la tierra, á sembrar y recoger sus frutos; su suelo es el mas bien cultivado en toda la montaña, y ellos con el sudor de su rostro han hecho útiles aun los riscos para que contribuyan á la plantacion; tienen talleres, enseñan la herrería, la carpintería y el di-

bujo; son sastres y zapateros, y reciben aprendices en todos estos oficios; protegen ademas á los débiles, socorren á los pobres, y ponen en paz á las familias agitadas por la discordia. Dividen las horas del dia entre el trabajo y la oracion, porque sus cuidados no solamente se dirigen á socorrer la sociedad visible, sino tambien á la espiritual é invisible á que pertenecemos. Ved ahí en lo que se ocupan mil y cuatrocientos monjes.

En el monasterio de Keshaja, residencia del abad general de la órden de S. Antonio, ví en movimiento la imprenta que provee de alfabetos y de libros á todas sus escuelas. El mérito de este establecimiento podrán apreciarlo tan solo quienes conozcan las dificultades que fué necesario vencer para colocarle allí. ¡Cosa singular! cuantas imprentas he encontrado en el interior de la Siria, en Palestina y en el Alto Egipto, ocupadas en propagar la civilizacion, pertenecen á institutos religiosos; son de Franciscanos, de Lazaristas, de Dominicanos, de Jesuitas ó de otras congregaciones. Los que en Europa y en América se titulan *propagadores de las luces* no han ido á establecer imprentas entre las rocas escarpadas del monte Líbano, ni á las tierras mortíferas de Nínive ó el Aboukir: donde están sus intereses, allí solo hay para ellos tinieblas que ilustrar, y allí hombres que redimir de la ignorancia. ¡Los frailes fueron á llevar la civilizacion donde ellos no irán jamas!

Los colegios son numerosos en el Líbano, y entre los dirigidos por el clero indígena, el de Ainvaraca es adelantado comparativamente á los demas. Su jóven director, maronita de nacimiento y alumno de la Propaganda de Roma, á mas de los idiomas orientales, que le son como nativos, posee algunos de Europa, cuyo estudio ha introducido en su colegio. El de Ghazir, dirigido por los Jesuitas, recibió á los alumnos mas aventajados en los seminarios indígenas que enviaban los obispos para completar su educacion, hasta que los movimientos de Europa de 1848 privaron á sus directores de

recursos para mantenerlos. Cerca de cien alumnos, de las familias mas acomodadas su mayoría, y un número considerable de otros que son educados gratuitamente, completan hoy el personal del establecimiento. Tres hombres que llenos de celo arrostran allí todo género de contradicciones por hacer felices á los otros, tres hombres que viven aislados y sin mas sociedad que la de los idiotas del Líbano y Bárbaros del desierto, tres hombres que no disfrutan mas comodidad que la muy estrecha del religioso, ¿qué esperanza les sostiene en su vida de abnegacion y de sacrificios? me preguntaba á mí mismo. ¿Será atesorar bienes de la tierra? pero yo los he visto carecer á veces aun de lo preciso para sus necesidades personales; ¿halagar sus oidos oyendo repetir su nombre unido á títulos tan especiosos y retumbantes como el de *Príncipes del Líbano*? ¡Ah! ménos, pues esa vanidad ridícula, si llegase á humillar la hidalguía de alguno, no podria quedar satisfecha desde que no poseen piastras ni pesetas para regalar. Otro fin existe pues en esos hombres y otro interes que no conocen los que jamas viajaron mil leguas, ni atravesaron mares ni desiertos para ir á examinar de cerca su conducta llena de nobleza. Miétras que en Europa y en América la prensa se agitaba, ya condenando, ya defendiendo á la Compañía y á sus individuos, aquellos, gozando la dulce tranquilidad que inspiran en el alma la inocencia y la virtud, educaban sus alumnos, y se ejercitaban ellos mismos en el árabe y el egipcio para atravesar despues el desierto de la Arabia, é ir á predicar la fe y la civilizacion mas allá del Nilo y de la columna de Pompeyo en idiomas desconocidos en Europa. Ghazir tiene escuelas sucursales en Beljafa y en Raifun, y á los Jesuitas perteneció tambien el colegio que en Antoura dirigen los Lazaristas con excelente resultado. En el seminario de Bonsmar son educados, á la vista del patriarca, que en él reside, los jóvenes armenios que aspiran al sacerdocio. No muy distante este lugar de Alepo, Cilicia y Capadocia, que fueron sucesivamente me-

trópolis de la Armenia católica, ofrece á los patriarcas oportunidad para cuidar con mayores ventajas los intereses de la Religión, que les ha confiado la Iglesia. El seminario de Bonsmar, semillero fecundo desde muy atras de obispos dignos y celosos sacerdotes, trabaja con actividad en la grande obra de traer á la unidad la parte de la nacion salida de su seno.

El clero maronita es numeroso, y como no todo él se ha educado en los seminarios, muchos de sus individuos no son tan instruidos como pudiera desearse; mas en compensacion él alimenta una fe viva y sincera, es sólidamente piadoso y abunda en celo y caridad. Cada uno de sus individuos pertenece por lo regular al clero de una iglesia, y como estas son pobres, los sacerdotes lo son tambien. Á trescientas cincuenta y siete llegan las iglesias que están abiertas en el Líbano: he visto algunas adornadas con imágenes de papel, y cuyos paramentos sagrados, sumamente raídos, apenas podian cubrir los hábitos tambien raídos del clérigo celebrante; mas la devocion de este y de los concurrentes suplían aquel defecto, que en otra circunstancia y en otro lugar podria ser grave delito. En Karva, en Miruba, en Eden y en otros pueblos admiré tanto el ahinco de los fieles por acercarse á los sacramentos, como la infatigable constancia de sus presbíteros dispuestos siempre par administrarlos: mañana y tarde estaban esas pobres iglesias llenas de personas. El clero maronita, para dividir el tiempo y celebrar sus fiestas, sigue el calendario romano, usa en la misa y en los oficios de lengua siríaca, exceptuando la Epístola y el Evangelio, que se cantan en árabe para inteligencia del pueblo; sus vestiduras sagradas y pontificales son las mismas que ordena el rito de Roma.

Á la sombra de las iglesias y en casas tan pobres como estas mismas, no es raro encontrar pendiente de la puerta una campanilla que suena sin cesar tirada por manos infantiles, y todavía mas débiles por su sexo femenino; el viajero que

pida ser admitido en estas humildes chozas, encontrará escondido en su interior un espectáculo mas bello que el pasado esplendor del monte Líbano. Verá comunidades de vírgenes escondidas á todos, ménos á los niños que las buscan cada dia para recibir sus lecciones, y coros inocentes que trabajan con el cuerpo y el espíritu en la escuela y en la meditacion por la felicidad de un mundo á quien les ligan, no los vínculos de la carne, que cortaron, sino los mas santos de la caridad. ¡Oh, qué espectáculo tan tierno es ver llenos de niñas esos asilos de la virtud, y á sus pobres habitantes repartirles el mas precioso de todos los tesoros! Estas humildes religiosas son Salesas, y entre sus conventos hay algunos cuyos individuos pertenecen á familias venidas de la Arabia.

Descendiendo del Líbano por el lado del Oriente nada percibia semejante al opuesto que dejaba: en vez de pueblos, huertos, iglesias y monasterios, solo divisaba un país desierto y peñascos desnudos de vegetacion. Algunos arbustos encontraba entrando en la antigua Celesyria, pero pálidos y marchitos por los rayos de un sol abrasador. No pueden describirse los sentimientos que se experimentan mirando este inmenso país, desierto casi del todo, y donde en tiempos remotos se realizaron sucesos memorables, de que nos ha conservado algun recuerdo la Escritura Santa. De Aphec, que sirvió de refugio á Benadab, rey de Siria, vencido por Acab, no quedan mas que las ruinas de un gran templo que creen algunos seria el de Vénus Aphacite, y ni un vestigio siquiera de aquella muralla tan enorme que uno solo de sus lienzos oprimió al caer veinte y siete mil soldados.

Balbec presenta el mismo cuadro dibujado como el anterior bajo la influencia siniestra de desolacion y de amargura; una diferencia existe, no obstante, entre ambas: las ruinas de la ciudad célebre del Sol, la famosa Heliópolis, parecen animadas de cuando en cuando por el murmullo de una poblacion compuesta de habitantes cristianos, musulmanes y judíos. El gran templo de Baal se deja ver cual vasto

cementerio, cuyas tumbas son las columnas tronchadas, los caídos chapiteles y las cornisas sembradas en toda la extensión del pavimento. Penetrando esas montañas de escombros, ¿qué va á contemplar el transeunte mientras tanto? Los gabinetes arruinados donde sacerdotes paganos se entregaban en secreto á las ceremonias supersticiosas de su religion, y los tronos y los nichos que ocuparon las estatuas de los ídolos, símbolos de los vicios que manchaban aquellas nocturnas festividades. Si el primor artístico que se advierte en la mayor parte de estas ruinas sorprende al arquitecto que las contempla atónito, el entendimiento, que penetra mas allá de lo que ven y palpan los sentidos, se horroriza de los excesos que recuerdan esas ruinas, y se cometieron sobre esa misma tierra que cubren los escombros de los edificios que las cobijaron.

La voz apostólica retumba sobre las ruinas de Balbec como sobre las de Atenas, de Alejandría y de Corinto, como si se propusiese levantarlas animándolas del espíritu vital que inspira la palabra del Señor. Á los Lazaristas ha cabido esta gloria de ilustrar á los hombres, que por cierto es mas honrosa que cuantas pudieron adquirir los filósofos que fueron á contemplar el curso de los sucesos humanos, sentados sobre los escombros de Balbec, ó el de los movimientos de los planetas sobre las ruinas de Palmira. En Balbec residen obispos católicos del rito maronita y del armenio, á cuya comunión pertenece la mayoría de sus habitantes cristianos.

Damasco, tan célebre por los recuerdos históricos que nos dejó mientras fué capital de la Siria, como despues por la trasformacion que la mano de Dios obró á sus puertas súbitamente en el corazon de Saulo, es una de las ciudades mas populosas del imperio turco. Á los mahometanos, que forman dos tercios de su poblacion, ha distinguido un fanatismo intolerante ántes que la ciudad fuese ocupada por el ejército egipcio mandado por Ibrahim Pachá en 1840. Las órdenes dadas por este y las medidas que adoptó para mejo-

rar la situacion moral y política de la Siria, cambiaron notablemente aquel espíritu exaltado, enemigo de todo bien. Golpes mortales dados en lo mas santo del Koran, es decir, en el sacerdocio, debilitaron el fanatismo; y la influencia de los derswiches, que en Damasco se sentia mas que en alguna otra parte, apoyada por la supersticion de ciudadanos opulentos, desaparecia casi del todo. El general Ibrahim expidió un decreto desterrándoles de la Siria por *embusteros é inmorales*. Para él nada valia la sensacion que su providencia iba á causar en una plebe afeminada por la sensualidad. Creía superior una sola bayoneta de su ejército á todos los moradores de una populosa ciudad turca. Se mantuvo inexorable á los reclamos que se le dirigieron; y cuando los derswiches, haciendo alarde de su desobediencia á la ley y apoyados en el prestigio imponente que les daba la fe en la conciencia del pueblo, se paseaban por las calles de Damasco, Ibrahim los hizo capturar en número de trescientos, y atados á los pilares de los cuarteles, azotarlos en castigo de su insubordinacion, obligándoles á cumplir inmediatamente el tenor de su decreto bajo pena capital. Los supersticiosos musulmanes esperaron el castigo que habria de reducir á polvo al sacrílego Pachá, mas su esperanza fué vana: la impudencia de los derswiches quedó castigada por entónces, y la supersticion del pueblo principió á debilitarse con rapidez.

Los cristianos, sobre ser tratados vilmente, no podian ántes de Ibrahim sino habitar el *barrio franco*, ni tenian derecho para pedir justicia, ni aun les era permitido disfrutar ciertas comodidades de la vida que permiten, no ya las riquezas sino la medianía, como andar á caballo, por ejemplo, dentro del recinto de Damasco. El ilustrado Pachá apreciaba, como debia, estos tristes efectos de una vergonzosa intolerancia, y arrasándolos con el filo de su espada, cual si removiese barreras opuestas por los vicios, dió libertad á los cristianos. No carece de espiritualidad su respuesta